

Pero las fértiles costas del Pacífico habian tenido tan poco que sufrir, que en Acapulco mismo, el castillo que defendia la plaza y la bocana, era considerado mas bien como un objeto de lujo que como una cosa necesaria.

Así pasaban las cosas en el año de gracia en que tuvo lugar el principio de esta historia, es decir, por 1626.

Una mañana, la corta guarnicion de Acapulco estaba tan tranquila como si no hubiera guerra con los holandeses, y en todo se pensaba allí menos en combates, cuando de la pequeña isla de la Roqueta se desprendió una canoa que impulsada por cuatro vigorosos remeros parecia volar sobre la apenas movediza superficie del encerrado vaso que forma el puerto de Acapulco.

Un hombre en pié cerca de la popa, que volvia el rostro continuamente hácia atrás como si le vinieran siguiendo, alentaba con su robusta voz á los remeros.

—Remar firme—decia—remar firme, no hay que perder un instante.

En la playa habia multitud de soldados que se bañaban unos y que paseaban otros por diversion; varios vecinos de la ciudad andaban por allí de paseo.

—Ligera viene aquella canoa—dijo un soldado.

—Como que el vigía tiene unos bogas que son capaces de remar debajo del agua—contestó un paisano.

—Noticia grande debe traer, según la prisa que le corre—dijo otro.

—Y tanto—agregó un tercero—que todas las lanchas pesadoras que pasan al alcance de la voz, viran y se encajan á la costa.

—Cierto; ahí va á encontrar ahora con la canoa de tío Salvador; veremos lo que hace.

En efecto, la canoa que venia de la Roqueta pasaba cer-

ca de otra que iba en opuesta direccion; y como estaban cerca de la playa los curiosos, pudieron ver que el hombre que venia dentro de la primera, dirigia la palabra á los que iban en la segunda.

—Orza—gritó uno de los de la playa—el tío Salvador vira y toma tierra.

—Algo grave acontece.

En estos momentos la canoa del vigía tocaba las arenas de la playa, y el hombre que la mandaba saltó á tierra.

Todos corrieron á encontrarle.

—¿Dónde está el comandante?—preguntó el hombre á los soldados.

—En su casa: ¿pero qué hay?

—A la vista velas desconocidas.

—¿Enemigo?

—Parece.

—¿Muchas?

—Una gran armada.

El hombre caminaba difícilmente, acosado por tantas preguntas.

—¿Qué pabellon?

—Holandés.

—¿Cerca?

—Mas de lo que quisiéramos; el viento es favorable, y pronto estarán aquí, que siguen el rumbo.

Habian llegado á la casa del capitán del puerto; el hombre entró, y de la multitud que le seguia, unos corrieron á sus casas difundiendo el espanto y la alarma por todas partes, y otros quedaron esperando los resultados, en la casa del capitán.

Media hora despues, la ciudad estaba en completa revolucion; los soldados habian abandonado el castillo y se ha-

bian formado en la plaza, y los vecinos pacíficos se dividían, unos procurando huir, llevando lo que podían de sus bienes, y estos eran los ricos, y otros se resignaban á esperar, y estos eran los pobres.

En la playa y en las principales alturas que rodean el puerto, se distinguían multitud de hombres y de mujeres, mirando al mar, hablando, gesticulando y mostrando algo entre sí.

De repente se escuchó un grito de angustia, y todos comenzaron á correr, y la tropa comenzó también á desfilar triste y como avergonzada.

Orgullosa y lanzando al aire sus brillantes flámulas y gallardetes y adornada como para una fiesta, se deslizaba sobre las aguas al impulso de un viento favorable, por la bocana del puerto, la primera de las naves que componían la poderosa escuadra del príncipe de Nassau.

Lucía el estandarte del príncipe almirante en el castillo de proa, y á los costados de la nave asomaban sus ennegrecidas bocas de bronce, cañones y pedreros, y la chusma diligente de los navíos entonaba canciones guerreras entre los ingratos sonos del toque de zafarrancho y el monótono ruido de las aguas que iba rompiendo la quilla de los buques.

Detrás del buque almirante seguían los demás; todos ricamente empavesados y coronados todos por la tripulación, ansiosa de combate y de gloria.

El príncipe, sereno, miraba con su anteojo los movimientos de la gente de la plaza.

El castillo estaba abandonado, sus almenas desiertas, la ciudad solitaria; por las veredas de los cerros que circundan la población, como cordones de hormigas que huyen, los habitantes; y allá á lo lejos y encumbrada ya, la guarnición que se ponía en salvo.

—Así me lo esperaba—dijo el príncipe; y se ordenó inmediatamente el desembarco.

De los costados de todos los buques se desprendieron grandes canoas cargadas de soldados, y el príncipe de Nassau, solo, en una elegantísima lancha, atravesó entre todas ellas en medio de los vítores entusiastas de sus marinos y al son de músicas sonoras, que llevaban sus ecos hasta los oídos de la fugitiva guarnición.

El príncipe tomó posesión de la ciudad, y sus soldados se repartieron los alojamientos.....

Varios días habían pasado así; la armada holandesa permanecía en el puerto de Acapulco, sin que por parte de los habitantes ni de las tropas españolas se hubiese hecho ninguna muestra de hostilidad.

Los proveedores y los marinos se habían internado en las costas buscando reses, que se encontraban con gran facilidad, y nunca habían venido ninguna aventura.

Los vecinos habían cobrado confianza y habían vuelto á la ciudad y á sus casas abandonadas.

Se había mandado hacer acopio de provisiones para los buques de la armada, y los exploradores del príncipe le aseguraban que por la parte de tierra nada había que temer.

Pero la gente de la escuadra comenzaba ya á fastidiarse de aquella situación, y el príncipe se impacientaba también y no daba sin embargo orden ninguna para que las naves se aparejasen para marchar.

Era indudable que esperaba algo; pero lo que esperaba nadie lo sabía.

Una mañana se presentó en los reales del príncipe un eclesiástico que preguntaba con mucho empeño por S. A.:

unos soldados no le entendian, otros no le hacian caso; pero él de puesto en puesto, continuó avanzando, hasta que un oficial le condujo á la presencia de S. A.

El príncipe hablaba el español correctamente.

El oficial le presentó al clérigo.

—¿Qué me quereis?—preguntó el príncipe.

El clérigo sin hablar una palabra, sacó de debajo de su balandran negro un pliego que le entregó.

Rompió el príncipe la cubierta, y leyó con atencion durante un largo tiempo: despues dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo:

—Dejadme solo con este hombre.

Todos se retiraron, y entonces S. A. hizo seña al recién venido, que habia permanecido de pié, que se sentase: obedeció el otro con muestras de profundo acatamiento, y el príncipe comenzó la conversacion de esta manera:

—¿Con que segun me indican aquí vuestros paisanos, no ha sido posible que el movimiento concertado se verifique en México?

—Así ha sucedido en efecto, señor.

—Cosas son estas propias de vosotros, de quienes hice mal en fiarme.

—Hay, señor, acontecimientos que no está en la mano del hombre el dirigirlos.

—Y sin embargo de eso, heme aquí, que llego y tomo la plaza el mismo dia que os lo ofrecí, mientras que vosotros no habeis podido cumplir vuestra palabra.

—Comprenda V. A. la inmensa diferencia que existe entre llegar al frente de una poderosa armada, que obedece como un esclavo las órdenes que salen de la bocina, al frente de una plaza cuya guarnicion huye como una manada de ciervos, y levantar el estandarte de un pueblo que gime de-

sarmado y débil, bajo el yugo de sus conquistadores.

—¿Con que es decir, señor reverendo—dijo el príncipe, cuyos ojos comenzaban á encenderse por la cólera—que juzgais vos que nada vale haber tomado á Acapulco?

—Líbreme Dios de semejante cosa; lo que aseguro á S. A. es que mientras mas difícil juzgue la empresa que acometió y llevó á feliz término, mas debe comprender los escollos de la que abarcan en México mis hermanos.

—Bah! con quinientos de mis marinos me comprometeria yo á tomar á México, y traer engrillado á mis galeras á vuestro virey.

—Ya lo creo—dijo socarronamente el clérigo;—pero la dificultad está en encontrar entre nosotros un jefe como V. A. y quinientos hombres como sus marineros.

El príncipe tenia demasiado talento para no comprender que habia dicho una cosa que era inconveniente, y reportándose continuó:

—Ciertamente que os he dicho una exageracion; veo que vosotros habeis hecho todo lo posible por adquirir vuestra independencia; pero no puedo yo permanecer aquí indefinidamente, ni exponerme á penetrar en el interior del país sin contar con un movimiento popular que me proteja: en consecuencia, tan luego como sople buen viento levanto anclas.

—Desgraciadamente no hay otro remedio.

—Y decidme, por curiosidad, ¿cómo os llamais?

—Me llamo el bachiller Martin de Villavicencio Salazar, humilde servidor de V. A.^l

—Vuestro traje no podia engañar, puesto que clérigo sois.

—Por el contrario, no juzgue V. A. por el traje, que no soy clérigo; visto así para caminar con menos dificultades,

que en Nueva-España vale mas un manteo que una carta de nobleza.

—Y en la España vieja tambien—contestó el príncipe.

Terminó la conversacion, y aquella misma tarde se comenzaron á hacer por la escuadra los preparativos para levantar anclas, con gran satisfaccion de toda la chusma.

II.

En el que Garatuzza prueba que el hábito hace al monje.

MARTIN dejó que partiese el príncipe con su armada.

El viento sopló favorable; henchidas las velas, hicieron estremecer los altos cascos de las naves; sonó la señal, y como inclinándose ante la potencia del aire, las embarcaciones partieron, levantando graciosamente sus popas y haciendo hervir el agua bajo sus quillas.

La bocana quedó desierta y la plaza solitaria.

Entonces como saliendo de sus tumbas, aparecieron algunos habitantes que volvian á mirar tímidamente á todos lados, como si temieran encontrar aún allí á los holandeses.

Poco á poco todos volvieron á sus casas, y solo las autoridades y la guarnicion participaban de la alegría general, porque se habian retirado á larga distancia.

Martin se aparecía tambien como recién venido y se hacia pasar por un clérigo extraviado que llegaba en los momentos en que los enemigos de la fé católica y de S. M. el rey de España se hacian á ría vela.

El cura y los vicarios del lugar estaban ausentes, y los españoles avecindados en Acapulco, querian funcion religiosa en accion de gracias, y Martin les venia como llovido del cielo y como enviado por Dios.

Comenzaron las súplicas, y los empeños, y las promesas, y Garatuza se encontraba en un verdadero conflicto.

En vano pretextó la pérdida de sus *licencias*, nada valía ante aquella gente obstinada; y Martín cedió á la tentación, y para el día siguiente se determinó que se celebraría una misa solemne en acción de gracias por haber librado Dios á Acapulco de sus encarnizados enemigos.

Una vez decidido Martín á representar el papel de clérigo, no le faltaban ni conocimientos ni audacia para salir airoso del empeño; y tomó tales maneras y dispuso tan bien las cosas, que en un día se hizo el sacerdote favorito de toda la población: pero lo más terrible era que los vecinos querían sermón.

Las primeras horas de la noche las pasó Martín meditando y buscando un texto bíblico; pero había la dificultad, en primer lugar, de que no había Biblias, y en segundo, que hubiera sido un inmenso trabajo para Martín engolfarse en los libros santos en busca de un texto.

Afortunadamente repasando en su memoria lo que recordaba del latín, para edificar á sus feligreses le vino como una inspiración:

*Gloria in excelsis Deo,
et in terra pax hominibus
bone voluntatis.*

Martín estaba salvado; comprendió cuánto partido podía sacar de estas palabras, y se echó á dormir tranquilamente.

A la mañana siguiente el tañido de las campanas lo hizo despertar.

Recordó su situación y su compromiso, y saltó del lecho repasando en su mente el texto de su sermón.

Una hora después, Martín estaba delante del altar cele-

brando su primera misa á presencia de un devotísimo pueblo que miraba edificado al nuevo sacerdote.

Martín con toda la devoción de un santo imitaba las ceremonias de la misa.

Llegó el Evangelio, se quitó la casulla y trepó al púlpito.

Mucho tiempo había vivido Garatuza entre gente de iglesia para no conocer la retórica eclesiástica de aquellos tiempos; los gritos, las preguntas, los movimientos de las manos y de la cabeza, y hasta el aire plañidero y magistral, según lo exigían las circunstancias, y aquel repetir el texto en latín y castellano, viniera ó no al caso, sin olvidarse de implorar el auxilio del Señor por intención de su divina Madre.

El sermón hacia furor, las devotas lloraban y el predicador descendió á continuar la misa en medio de las bendiciones de sus fieles.

El santo sacrificio terminó felizmente, y Martín encontró en la sacristía un suculento desayuno, un papelito de colores en el que venían envueltas muchas monedas de oro, y un gran concurso que lo felicitaba y lo admiraba.

La casa en que se había alojado Martín, fué durante todo el día el centro de reunión; como predicador había Garatuza adquirido un gran triunfo, y las más lisonjeras ofertas se sucedían.

Se hablaba ya de pedir á la mitra de México el curato para el padre José Rivera, como se había hecho llamar Garatuza, y al fin pudo verse libre de aquella repentina popularidad, con la promesa formal de volver en la Semana Santa á predicar y ayudar al cura en la administración de la feligresía.

Martín avisó á todas aquellas gentes que á la mañana siguiente saldría de la población, y se retiró á su aposento á formar el balance de los productos del día.

La misa, el sermón, *las galas* de escudos que con tal abundancia se daban en aquellos tiempos, habían aumentado considerablemente el caudal de Martín.

—Decididamente—decía guardando su dinero en una larga bolsa de seda—yo debo cultivar esta gracia que Dios me ha dado y que no me conocía; y á fe que todo esto será mas abundante en el interior del país, que cosa cierta es que en los puertos las gentes son menos devotas por el continuo trato con los marinos.

Al día siguiente muy temprano, Martín salió de Acapulco, pero no como había llegado; muchos vecinos á caballo lo acompañaron á mas de una legua y deseándole mil felicidades; se despidieron de él, no sin hacerle antes algunos regalos de vinos y otras cosas para el camino.

Martín tenía que llegar al pueblo en que había dejado á su familia, y de la que por muchos días había estado ausente; y Martín no era hombre que olvidara sus obligaciones.

Pero durante aquella travesía, su capital aumentó, porque ya diciendo una misa, ya predicando, refiriendo una novela distinta á cada cura de pueblo y lamentando una desgracia en cada poblacion, por todas partes encontraba las puertas abiertas, y en todas partes era recibido como un amigo, obsequiado como un hombre notable y sentido como un bienhechor que se aleja, ó como un consuelo que se pierde.

Martín conoció que el negocio que había emprendido era de aquellos en que es preciso aprovechar el tiempo, y mandó á su familia á México, tomando él por un camino muy distinto.

La bonanza seguía deshecha; casi no se pasaba un día en que no celebrara una misa, que por lo mismo que era extraordinaria se pagaba mejor.

Casi siempre á la hora de celebrar Martín entraba en cuentas consigo mismo, y cuando tenía la hostia entre sus dedos y todo el pueblo cristiano se arrodillaba y oraba lleno de recogimiento y de fervor, cuando pasaba por su imaginacion el peligro inminente que estaba corriendo, exclamaba á la hora de las palabras de la consagracion:

Garatuza, ¿en qué pararán estas misas?

La repeticion de unos mismos actos forma la costumbre, y Martín llegó á formar la costumbre de decir siempre al consagrar:

Garatuza, ¿en qué pararán estas misas?

Algunas veces decía esto instintivamente y en voz tan alta, que no faltó quien lo percibiese, y la noticia de tan extraña oracion comenzó á alarmar á ciertos cristianos no muy crédulos.

Pero como apenas permanecía unas cuantas horas en los pueblos despues de la misa, de aquí resultó que aunque no quedaran allí muy tranquilos, los comentarios y las sospechas se formaban cuando él iba ya en marcha, y á muy pocos les ocurrió, y nadie lo puso en práctica, emprender su persecucion.

Unos temían que todo aquello no fuese mas que una calumnia, y otros decían perezosamente:

—¿Quién me mete á mí en la renta del excusado?

Y Martín seguía su viaje sin contratiempos de ninguna especie.

jo el virey—que vuestra dama misteriosa es como la escuadra del príncipe de Nassau.

Llamaron en este momento á la puerta, el virey dió permiso y entró un lacayo.

—¿Por qué interrumpes?—preguntó severamente el virey.

—Perdóneme V. E.; pero un correo trajo este pliego que asegura que urge mucho.

Y el lacayo presentó al virey en una bandeja de plata un pliego cerrado.

Abrióle el virey, y palideció á medida que iba leyendo.

—Mire su señoría—dijo al visitador, tan preocupado que olvidó la presencia allí de dos extraños—el príncipe de Nassau ha ocupado el puerto de Acapulco.

Los ojos de Salmeron brillaron de alegría; aquella noticia venia á confirmar sus declaraciones y ponerle en un buen lugar delante del virey y del visitador.

—Espera afuera—dijo el marqués al lacayo, que salió, cerrando la puerta.

—¿Qué pensais de eso, señor visitador?

—Pienso que es negocio tan grave, cuanto que confirma lo que el señor de Salmeron nos habia dicho, y que es necesario tomar medidas muy enérgicas no solo para esto, sino tambien respecto á la conspiracion.

—Energía—dijo el virey—energía y actividad; sólo así podremos salvarnos. ¿Están presos, D. Leonel y su hermano?

—Don Leonel está preso, su hermano Don Alfonso no ha podido ser encontrado.

Es preciso buscarle por todas partes, y en cuanto á vos, señor de Salmeron, supuesto que teneis algunos datos, es preciso que salgais en averiguacion de quién era esa dama misteriosa que, segun vos, es el alma de la conspiracion; esta misma noche espero que me t ligais noticias.

—Haré como V. E. lo dispone.

—Entonces podeis retiraros.

Don Baltasar se levantó humildemente, hizo una caravana y se retiró.

—Pues qué yo lleve—decia caminando para su casa—noticias de esa dama, es necesario, preciso; quizá quizá esto me puede valer mucho tal vez, y es casi seguro, llegaré hasta ser el favorito del virey y del visitador.

Y meditando en esto, seguia por las calles de Ixtapalapa.

Los amores de Don Pedro de Mejía con Estela, como él llamaba á Catalina, la fingida marquesa, estaban de tal manera adelantados, que ya en todas partes se comenzaba á susurrar que Don Pedro pasaba á segundas nupcias.

Pero en lo general esto se tenia por una calumnia, porque en México se sabia que Don Pedro se habia casado con una mujer que habia desaparecido la noche de la boda sin saberse su paradero.

Sin embargo, la verdad era que Mejía formalizaba ya su casamiento, y que Catalina y su madre habian llegado á saber que era casado, y querian asegurarse de manera que aunque esto resultara cierto, no se hubiera perdido el golpe.

—¿Sabeis, Don Alonso—decia Catalina á Don Alonso de Rivera, que hablaba á solas con ella—que nuestro hombre me parece que tiene mas de bellaco que lo que nosotros nos habiamos creído?

—¿Por qué me decís eso, hermosa mia?

—Porque segun voces sueltas, á las que no puedo menos de dar crédito, es casado ese hombre.

—¿Y eso que os importa?

—¿Cómo! ¿me preguntais eso? ¿pues no sabeis que tengo ya recibida de él palabra de casamiento?

—¿Y qué?

—Me asombráis; ¿os parece cosa de juego que me enlace con un hombre casado? ¡Jesus me asista!

—Catalina, dejad la comedia para otra vez.

—¿Llamais comedia á un sacrilegio?

—Llamo comedia, hermosa, no al sacrilegio, que cristiano viejo soy; pero ¿cómo creéis que pueda suponer de buena fe que realmente os escandalizais?

—¿Acaso no soy tan buena cristiana como vos?

—Podeis serlo tanto como el Papa; pero seguro es que tanto se os da de que Don Pedro sea casado, como si fuera musulman.

—Me insultais.

—No os insulto, os conozco; venid acá, lucero del alba: ¿acaso yo creo que sois la tímida marquesita de Torreflorida? ¿ne sé yo por demás que nunca habeis tenido, al menos desde que nos tratamos, escrúpulo de nada? ¿de dónde voy á comulgar ahora con esa virtud? Hablemos como buenos amigos que no nos podemos engañar.

—Pero si ese hombre es casado—dijo Catalina cambiando de tono—me caso, aparece la otra, y me quedo burlada.

—En primer lugar, os aseguro que la otra murió; en seguida, aun cuando viviese, ningunos derechos tiene.

—¿Y si acaso los tuviera y quisiera hacerlos valer?

—Pero si es muerta.

—Quiero suponer que vive.

—Entonces á Don Pedro, por haberos engañado, le condenarian á daros un dote proporcionado á sus intereses y bienes, que seria muy respetable.

—¿Así sucederia?

—Os respondo de ello, que nuestros negocios están ligados y yo no me descuido: fiad en mí.

—Fio en vos, y es preciso que procureis precipitar la boda, que ya me parece que es tiempo.

—Pronto sereis la esposa de Don Pedro, que él mas que nosotros desea que llegue ese momento.

Y Don Alonso tenia razon; Mejía estaba verdaderamente apasionado de Catalina; ella habia procurado seducirle, fascinarle, y lo habia conseguido.

Generalmente en el mundo los hombres que tienen la desgracia de ser ricos y tontos, son el juguete de las mujeres aventureras, sin que lleguen jamás á adquirir experiencia; cada golpe les hace exclamar: «seré mas prudente en lo sucesivo,» y á cada nueva tentacion exclaman tambien: «esta sí no es como aquella; ¡qué diferencia!»

Exactamente esto pasaba con Don Pedro de Mejía; así hablaba con Don Alonso, que procuraba por su parte sostenerle en sus propósitos, logrando con esto lisonjear sus pasiones, haciéndole mas apreciable, y ayudar á Doña Catalina en sus planes.

Don Alonso entró en la casa de Don Pedro y le encontró contemplando un magnífico collar de perlas.

—¿Qué os parece, señor Don Alonso, este collar?—le dijo.

—En verdad—contestó Don Alonso—que no le he visto igual nunca: ¿le habeis comprado?

—Sí, que es uno de los regalos de boda para Estela.....

—¿La quereis mucho?

—Oh! como no he querido en la vida á ninguna mujer.

—¿Y lo merece?

—¿Cómo si lo merece! Mirad, tan bella como virtuosa, tan discreta como noble, tan tímida como amable: es una joya esa muchacha; soy el hombre mas feliz con ser su esposo.